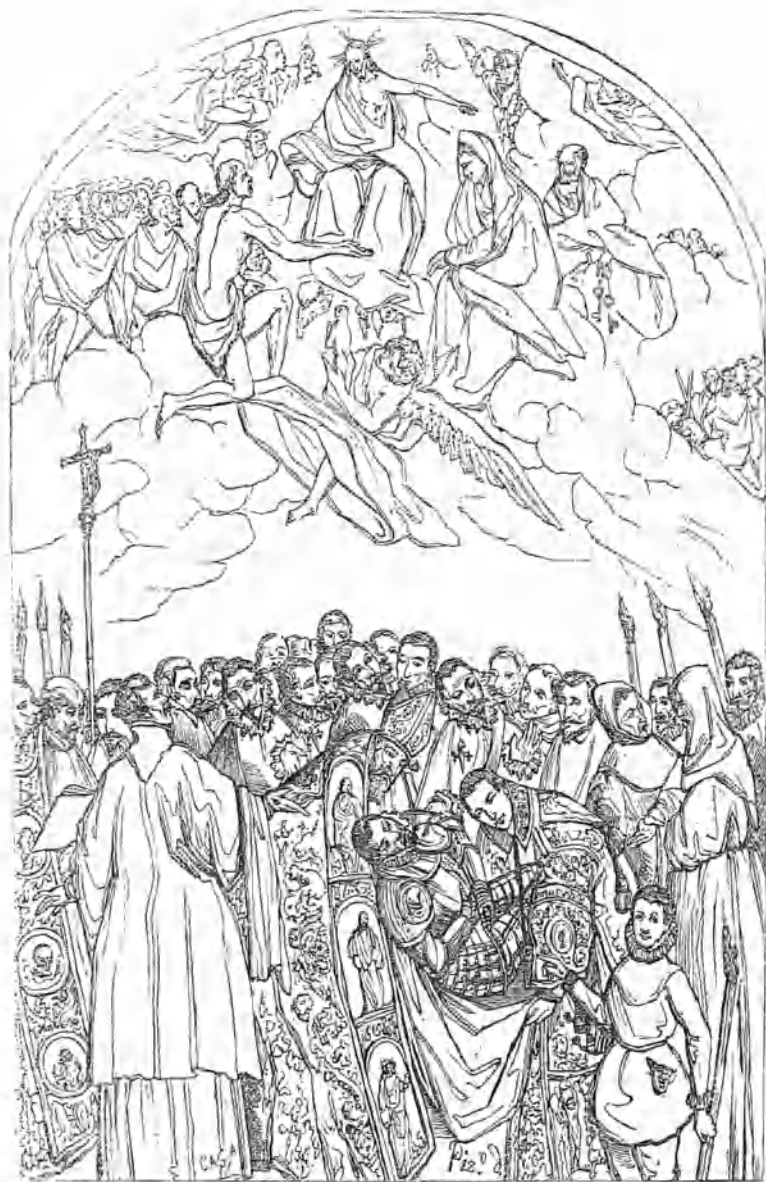


GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ESPAÑOLA.



(El entierro del Conde de Orgaz.—Cuadro del Greco.)

No hay viajero que pase por Toledo, con intención de ver las infinitas antigüedades y suntuosos monumentos, de que tanto y á cada paso abunda aquella vetusta ciudad, que no lleve ya apuntado en su libro de memorias, para no dejar de examinarlo, el famoso cuadro del Greco, apellidado *el Entierro del Conde de Orgaz*, sito en un ángulo oscuro y retirado de la Parroquia de Sto. Tomás Apóstol. Este precioso lienzo ha adquirido una fama casi Europea, y á mas de ser

digno de contemplarse por la historia tradicional que su asunto encierra, lo es igualmente porque revela la destreza y magnífico pincel de Dominico Theotocopoli vulgarmente llamado el Greco.

Esta última consideración, tan solo relativa á las bellas artes es la única y generalmente apreciada; pero lo debe ser aun mas el curioso objeto que representa, por ser una de las glorias españolas, no fundada en cancioneros y populares romances, cual las aventuras

del Conde Dirlos, ó las del Rey Manlio, Melisendra y D. Gaiteros; sino atestiguada por una serie de irrefragables pruebas, cuyo origen se remonta, y cuya continuacion descendiendo desde la época del acontecimiento hasta nuestros dias, comprobada ademas con documentos escritos que existen en el respetable archivo de Simancas, y en el de los Sres. Condes de Orgaz, legítimos descendientes del Sto. Varón, cuyo entierro está en el lienzo, tal como fue representado.

Sin que se me tenga por demasiado crédulo, ni menos por un fanático, nadie me negará que hay acontecimientos, que por extraños y sobrenaturales que aparezcan, estando garantidos por las pruebas regulares, que exige la fé humana y la mas rigurosa crítica, no queda otro recurso sino concederlos, ó por lo menos respetar una creencia, que si bien ofrezca dudas á la razon y al ordinario curso de las cosas, no las presenta igualmente al juicio que discurre y determina por datos que no le es posible negar, á menos de echar por tierra las fuentes todas de la credibilidad humana.

Sentados estos principios, referiré tal como la tradicion y documentos la transmiten, la historia del suceso que representa el famoso lienzo, cuyo dibujo exacto va al frente de este artículo.

D. Gonzalo Ruiz de Toledo, descendiente del esclarecido linaje de los Toledos, y de la familia del célebre D. Esteban Illán, fue natural de esta ciudad, en la que nació á últimos del siglo XIII, en las casas propias de su mayorazgo, y Señorío de Orgaz, sítas en lo que hoy ocupa la Parroquia de S. Juan Bautista, antes Iglesia de la Compañía de Jesus, á la que se las vendió en 1569 D. Juan Hurtado de Mendoza Rojas y Guzman, quinto Conde de Orgaz, en 16,000 ducados.

Segun nuestras crónicas, donde repelidas veces se encuentra su nombre, ayudó mucho este caballero con sus rentas y persona á los Reyes D. Sancho IV y Don Fernando el Emplazado, por cuyos servicios obtuvo de esos Príncipes la Alcaidía de Toledo, y Notaria mayor de Castilla. Fue ademas gran valido de la Reina Doña María, muger de D. Sancho, quien le apreció tanto, que puso bajo su cuidado y direccion á su hija la Infanta Doña Beatriz, y le dió ademas un Palacio que poseía á las orillas del Tajo, donde se cree que estuvo el de D. Rodrigo, último Rey Godo en España, para que se edificase un convento de la Orden de San Agustín, como lo realizó D. Gonzalo á sus espensas, y cuyos religiosos lo han poseído hasta nuestros dias, habiendo quedado el Patronato y enterramientos para los Sres. Condes de Orgaz y sus sucesores; pero la invasion francesa por un lado, y la espulsion moderna de los Religiosos por otro, han sido causa de la total destruccion de dicho Convento, en el que ya no pueden verse esos sepuleros de familia.

Consta ademas, que el piadoso D. Gonzalo reparó á sus espensas las Parroquias de S. Justo y Pastor, y la de Sto. Tomás Apóstol, y que fundó un Hospital con la advocacion de S. Anton, para curar los enfermos tocados de la dolencia, que ha venido apellidándose fuego de S. Anton, y cuya hospitalidad ha durado

en Toledo hasta la estacion de los frailes Antonianos, que se hizo en tiempo de Carlos III.

Falleció este ilustre y piadoso Caballero el 9 de Diciembre de 1323, y tan humilde en muerte como en vida, mandóse enterrar en la Parroquia ya citada de Sto. Tomás, junto á la puerta de su entrada, á los pies de la Iglesia, al lado derecho, en una sepultura en el suelo. Inmensa fue la concurrencia que acudió á las exequias de un varon tan señalado. Concluidas estas con el aparato que convenia, al tomar el cadáver para depositarle en la hoya, vió con asombro todo el pueblo, que allí estaba reunido, aparecerse en el templo á S. Agustín, con vestiduras pontificales, y á S. Esteban proto-mártir, con las de Diácono, á quienes el difunto tenía singular devocion; tomar el cuerpo de D. Gonzalo y depositarle ellos mismos en el sepulcro, diciendo al mismo tiempo estas palabras: *Tal galardón recibe, quien á Dios y á sus Santos sirve*; con lo cual desaparecieron, dejando á los circunstantes tiernamente conmovidos con semejante aparicion.

Quedó este Sto. Varón enterrado en esta humilde sepultura, que desde entonces fue objeto de veneracion para cuantos sabian el portentoso acontecimiento. En el mismo sitio fabricóse despues una capilla, aunque pobre muy concurrida de los toledanos, hasta que pasados cerca de 200 años, Andres Nñez de Madrid, Cura párroco de dicha Iglesia, sintiendo que no hubiese en aquel sito una memoria que mas claramente revelase aquel suceso, y de que nadie tratase de poner en lugar mas decente los restos de D. Gonzalo, trató del asunto con el Licenciado D. Gomez Tello Giron, Gobernador que era entonces del Arzobispado, por ausencia del Prelado D. Bartolomé Carranza, y enterado este de su peticion, respondió estas terminantes palabras, que obran en el expediente formado al efecto: *Que no era justo que manos de pecadores mudasen cuerpo, que Santos con las suyas habian tocado*, y así lo que se hizo fue labrar desde los cimientos la Capilla donde está el enterramiento. Posteriormente, Don Sancho Busto de Villegas, que sucedió á Giron en el Gobierno de la Diócesis, adornó mas esta Capilla, y accedió á lo que el citado Cura queria, que era fijar en uno de sus muros un cuadro donde estuviese representado el acontecimiento. Esto no llegó á realizarse hasta el pontificado del Cardenal D. Gaspar de Quiroga, el cual habiendo hecho las diligencias oportunas, y habiendo sacado y reconocido por cédula de Felipe II, de 24 de Setiembre de 1585, los comprobantes necesarios que estaban en el archivo de Simancas, y sabido ademas que era constante tradicion en la ciudad, y que se predicaba anualmente en dicha Iglesia por un Religioso de S. Agustín, en un sermón cuya limosna la dotó el mismo D. Gonzalo, que entre otras cosas dejó en su testamento (que existe en el archivo de sus ilustres descendientes) que la Villa de Orgaz y su Concejo, quedasen obligados á dar todos los años al Cura y beneficiados de Sto. Tomás, porque celebrasen la fiesta del titular de la Parroquia, y que trajesen en semejante dia, 8 pares de gallinas, 2 carneros, 2 cueros de vino, 2 cargas de leña y 800 mrs. en dinero,

lo cual desde su mismo fallecimiento se vino pagando hasta el año 1564, que se resistió el Concejo á hacerlo, y el Cura Andrés Nuñez ya citado, por sentencia ganada en vista y revista en la Chancillería de Valladolid, obligó al Concejo á que aprontase como siempre lo que hasta aquel día había venido pagando, cuya ejecutoria está en los archivos de la Parroquial.

Atendiendo á todo esto el Cardenal Quiroga, y para mayor perpetuidad de tan memorable suceso, dió su provision y licencia el 23 de Octubre de 1584, en que manda se pinte y ponga el milagro del entierro del Conde de Orgaz en la pared de la capilla, al lado del altar, segun ahora se ve. Se encargó de la pintura Dominico Greco, la que costó sin la guaricion ni adornos, sobre 2,000 ducados, y es sin duda la obra maestra de este artista, tanto por su composicion, gran manejo y valentia, con que está pintada, como por ser retratos todos los personajes que allí se figuran presenciando el entierro. Representa este lienzo el momento en que S. Agustin y S. Esteban colocan á D. Gonzalo en el sepulcro, ante la presencia de varios caballeros, un Religioso de S. Francisco, y de un Eclesiástico que vestido de sobrepelliz está leyendo el oficio de difuntos, en el que está retratado el citado cura de la Parroquia Andres Nuñez. El rostro cárdeno del difunto, su armadura, las cabezas y paños de las demas figuras, son de lo mas sobresaliente que puede verse en su género, y lo hace resaltar mas una especie de gloria que se vé en la parte superior del cuadro, donde se nota, haciendo el mayor contraste, el mal gusto y la estravagancia de que algunas veces adoleció aquel pintor, sin poder nadie figurarse la causa de la mezcla de lo mejor y mas malo en un solo lienzo. Asi es que anda un refran de este cuadro (aunque á mí ver algo exagerado) que dice: *Pintó el Greco un entierro que parece una gloria, y una gloria que parece un infierno*. Lo cierto es que esta pintura es y será siempre admirada por nacionales y estrangeros, que ya han ofrecido sumas muy cuantiosas por su adquisicion; y es una lástima que ese lienzo esté algo estropeado, efecto de haberse desclavado por la parte baja del bastidor, por donde tiene algo roto, y lo seria mucho mas el que por falta de cuidado y esmero, se fuese deteriorando una alhaja que por todos titulos merece ser, con el mayor esmero, conservada.

Por bajo del cuadro referido, se halla una gran lápida de marmol, donde con letras doradas está grabado un epitafio que dice asi:

D. V. et P.

Tametsi properas, siste paululum viator, et antiquam orbis nostrae historiam paucis accipe.
Dns. Gonsalvus Ruiz á Toledo Orgacii oppidi Dns. Castellae major Notarius, inter cetera suae pietatis monumenta. Tomae Apostoli, quam vides eadem, ubi se testamento iussit condi, olim angustam et male sartam, laxiori spatío, pecunia sua instaurandam curavit, additis multis, cum argenteis tum aureis donariis. Dum eum humanae sacerdotes parant. Ecce res admi-

randa et insolita! Dns. Estephanus et Augustinus ecclo delapsi propis manibus hic sepelierunt. ¿Que causa hos Divos impulerit? Quoniam longum est Agustinauos sodales non longa est via. Si vacat,
Roga—Obiit anno X.P.I. MCCCXXIII.

Celestium gratum animum audisti: audi jam mortali-um inconstantiam. Ecclesiae hujus curioni et ministris, tum etiam parroquiae pauperibus arietes 2, gallinas 16, vini uteres 2, lignorum vecturas 2, nummos quos nostri morapetinos vocant 800, ab orgatiis quot annis precipiendos idem Gonsalvus testamento legabit. Illi, ob temporis diuturnitatem, rem obscuram fore esperantes, cum duobus ab hinc annis pium pendere tributum recusarent, Pintiani conventus sententia convicti sunt anno C.H. MDLXX Andrea Nonio Matritano hujus templi curione, strenuae defendente et Petro Rulsio Durone Economo.

Yace, ademas de D. Gonzalo, enterrada en esta Iglesia en el lado opuesto al sepulcro de aquel, Doña Maria Gonzalez su muger, cuyo epitafio, que ya no existe por haber quitado la losa para dar lugar al nuevo pavimento, decia así:

Aquí yace Doña Maria Gonzalez, que Dios perdone hija de Fernan Gonzalez de Mena; muger que fue de D. Gonzalo Ruiz de Toledo. Esta dueña fue buena e honrada e de buena vida e sierva de Dios. Finó á XV de Febrero, era de M e CCC e XLVI, años.

Concluiremos este artículo con decir, que movido en el siglo XVII D. Francisco de Mendoza, Obispo de Plasencia, Gobernador del Arzobispado de Toledo, y de la casa de los Condes de Orgaz, trató de que S. S. beatificase á este Sto. Varon, y sin duda se hubiera conseguido, si la muerte no le hubiese atajado en sus deseos, y si en eso le hubieran imitado los demas descendientes de D. Gonzalo, que han mirado ese recuerdo, blason el mas grande de su casa, con la mayor indiferencia y descuido.

NICOLAS MAGAN

El Alfaquí de Toledo.

(Recuerdo histórico.) (I)

III.

La Mezquita principal que los moros tenían en Toledo, era, aunque con algun mayor ensanche y diferentes adornos, la Catedral primitiva que el piadoso Recaredo habia mandado consagrar en su tiempo, donde habian tenido su silla los Stos. Prelados de Toledo, y celebrado varios de sus famosos Concilios. Orgullosos habian quedado los moros con la posesion de ese lugar santo, y nunca podian figurarse que pudiesen ser desposeidos de lo que habia garantizado la solemne fé

(1) Véanse los dos números anteriores.

del juramento. Los proyectos de el Arzobispo y la Reina, no habiendo sido comunicados sino á las personas encargadas en su ejecucion, estaban ocultos para la generalidad, y en las disposiciones militares no se notaba la mas pequeña mudanza. De repente una mañana vieron todos salir de el barrio de los Cristianos una porcion de tropas, en cuyo centro se veia á Don Bernardo, vestido con los ornamentos pontificales y báculo abacial. Los habitantes sorprendidos no ofrecieron la menor resistencia, y dejaron á los soldados llegar hasta las mismas puertas de la mayor Mezquita, cuya entrada, mas con razones que con armas, intentaron defender sus guardianes y Alfaquies. En un momento los obreros, que iban mezclados con la tropa, limpiaron el templo, quitando cuanto tenia relacion con el culto de Mahoma, y colocando un altar con una imagen de Nuestra Señora; fue bendecido segun el rito cristiano, y en pocos instantes, de la torre, donde antes el Iman llamaba á la oracion á los Muslimes, salió el eco de una campana que anunciaba á los cristianos de Toledo que su antigua Catedral estaba ya dispuesta para celebrarse en ella los sagrados ritos de la verdadera religion.

Con la velocidad que se difunde en la atmósfera la claridad de un relámpago, cundió por los ámbitos de la ciudad la funesta noticia de la ocupacion de la Mezquita. Los moros se ahorraron, y á voz en grito acudieron al cuartel de los cristianos á pedir justas satisfacciones de la infraccion del tratado, y la muchedumbre amotinada se dirigia hacia el templo, que hubiera reconquistado, si convirtiéndolo en ciudadela no se hubieran encastillado en él los soldados que lo ocuparon. D. Bernardo ya casi arrepentido de su importuna empresa, se escudó con el mandato de la Reina, y Pero-Ansurez, con cierta especie de alegría mezclada de temor, despues de haber mandado un emisario á Don Alonso, para que con su presencia contiuiése el mal que amenazaba, si bien temia que el remedio pudiera llegar tarde, saboreaba con todo y de antemano el placer de ver burlados los desiguos de la Reina y el Prelado, restituyéndose á la llegada del Príncipe, la Mezquita á sus legítimos dueños. El Conde entonces con cierta especie de orgullo;—Ya veis, Señora, dijo á Doña Constanza, el resultado de los consejos, de ese Abad orgulloso y temerario, que tanto me habeis querido ocultar; quién sabe si la guaracion podrá contener la furia del populacho que á voz en grito os pide justicia del atentado; ¿no ois sus voces Señora? En efecto, una multitud de moros se habian agolpado hacia las avenidas del Alcazar de sus antiguos Reyes, y pedia justicia con voces desentonadas.—Ya es tarde, respondió la Reina; consumado el hecho, no queda mas que procurar impedir ó al menos dulcificar sus consecuencias; pero yo os pido Conde, que al menos procuréis acallar la multitud, y hacer que difiera su pretension hasta la llegada de mi esposo, al que no dudo hareis mandado aviso de lo que pasa.—A estas horas ya lo sabrá todo, y ¿cuál será su providencia? Contestó Ansurez; parece, Señora, que ahora no os mostrais conmigo tan orgullosa y altanera; antes era un estor-

bo, y ahora se me busca. ¡Ojalá hubiera podido traslucir vuestros intentos, y semejante imprudencia no acarrearía las desgracias que al presente nos afligen; mas á pesar de todo, haré cuanto pueda por conjurar la tempestad, y veré si mis razones pueden convencer á los que tan justamente se encuentran vilipendiados. Y al decir estas palabras, casi sin despedirse, se ausentó el Conde, dejando á la Reina en la duda de cuales fuesen las intenciones del magnate, cuya influencia con D. Alonso temia en la actualidad. El Arzobispo electo, aunque conocia la rectitud del Monarca, no queria con todo abandonar su conquista, entregando á los moros el templo ya headecido, y confiaba en que el celo y la religiosidad triunfarian del juramento y de la palabra de un Rey. Los moros algo tranquilos con las promesas de Pero-Ansurez, esperaban la llegada del Príncipe; pero en secreto varios de sus caudillos atizaban el fuego de la rebellion, tratando nada menos que de arrojar á los cristianos, recobrando la ciudad á merced de los disturbios, con la ayuda que esperaban de los Reyezuelos de Andalucía.

Abu-Valid su Alfaquí principal, habia sido convocado á esta reunion, y despues de escuchar con la mayor sangre fría las brabatas de sus conciudadanos, se levantó de su asiento é imponiendo silencio esclamó: «Escrito estaba, nobles Muslimes, que el reino cuyos Arrayaces y caudillos están divididos, por poderoso que sea, acabará y será destruido. La pérdida de la ciudad se ha consumado, é inútiles serán nuestros esfuerzos para recobrarla. El poderoso Rey Alfonso estará aqui pronto con sus huestes, y de una inútil resistencia no sacaremos mas fruto que el aumento de la opresion y abatimiento que nos cerca. El Rey podrá aplacarse respecto al Alfaquí cristiano; pero en lo que á nosotros toca, su ódio será eterno si salimos vencidos en la resistencia que opongamos; antes por el contrario, una cesion de nuestra parte, nos hará mas bien mirados y atendidos.» Estas y otras razones semejantes aquietaron un poco los hostiles proyectos de los caudillos Arabes, y dejaron allanado el camino para un desenlace inesperado, y que no podian en manera alguna preveer la Reina Doña Constanza y el Arzobispo D. Bernardo.

IV.

Descuidado enteramente y sin poder figurarse lo que pasaba en Toledo, se encontraba D. Alonso en Sahagun, donde le habian detenido negocios de importancia, cuando el ruido de las pisadas de un caballo que entraba por las puertas del monasterio, llamó toda su atencion. Asomóse á una ventana que caia al patio principal, y vió apearse á un ginete todo-lleno de polvo y sudor. El corazon le anunció en aquel momento algun funesto accidente, cuando sin darle tiempo para discurrir, se presentó á su vista el mensajero que era nada menos que uno de los escuderos de Pero-Ansurez, y muy conocido del Monarca.—¿Qué hay de nuevo? le preguntó no sin algun sobresalto el Príncipe.—Mas de lo que os podeis figurar, Señor, repuso el escudero; la joya

de vuestra Corona, la ciudad de Toledo está á punto de perderse, y con ella el fruto de tanta sangre vertida, y si prestó no acudís, dudo llegue á tiempo el remedio.—Pues cómo?... Hablad presto, nada me ocultéis. ¡Dios mío, será posible! exclamó D. Alfonso. El mensajero refirió al Monarca con todas las circunstancias el temerario procedimiento de la Reina y D. Bernardo, la revuelta de los moros, y le anunció la catástrofe que de sus resultas estaba á punto de estallar en Toledo. Luego que hubo acabado su relato, con un poco mas de sosiego le dijo D. Alfonso:—El Cielo guerrá no se malogre tan señalada conquista; pero al mismo tiempo tiemblen los que han hollado la palabra Real. Los siglos venideros verán en mi conducta un acto de justicia y lealtad. La Reina y el Arzobispo dejarán pronto de existir, y su muerte será el mejor sello de las promesas de un Rey.—Pero Señor, exclamó aterrado el escudero.—No os metáis en lo que no os importa, la interrumpió D. Alfonso, dentro de un cuarto de hora estaremos en camino.

Con efecto, aun no transcurrido el término prefijado, salió de Sahagun el Príncipe, y tal era la prisa que se dió, que como dice el Arzobispo D. Rodrigo, en tres dias se puso á la vista de la ciudad, en el lugar de Magan, que está á sus inmediaciones; pero cual fue su sorpresa al encontrar en ese pueblo una diputación de los moros, á cuyo frente estaba el Alfaquí Abu-Walid, quien se arrodilló á sus plantas, suplicándole con cuantas razones pudo sugerirle su oratoria, perdonase enteramente á los culpados en la ocupacion de la Mezquita. Admirado D. Alfonso al ver una demanda tan fuera de lo que pensaba, no acertó al pronto que contestar; pero un poco recobrado le respondió con firmeza:—No es una personal injuria; sino un desacato á mi autoridad lo que pretendo vengar.—Nos basta, Señor le interrumpió el Alfaquí, el que nuestra religion y privilegios sean conservados en su integridad; la ocupacion de la Mezquita es poca cosa en comparacion de tan singular merced, y mucho mas cuando en semejante acto no ha habido infraccion por vuestra parte.—Estas y otras razones esplanó el moro para reducir al Príncipe, mientras que este se hallaba indeciso sobre el partido que debería adoptar. Venido por último, y notando en tan singular desenlace el dedo de la Providencia, que de los males saca á veces los mayores bienes, prometió á los moros el perdon de los agresores, agradeciéndoles su buena voluntad, y prometiéndoles que por siempre en toda España quedaria una perpetua memoria de aquel dia. Llegó á Toledo, y aunque no sin algunas reconvenciones, perdonó á la Reina y al Prelado, y dió gracias al Señor por merced tan singular, ante el ara principal del recién bendecido templo, ordenando que para en adelante, en memoria de estos sucesos se hiciese fiesta particular el 24 de Enero, con el nombre de Ntra. Sra. de la Paz, como hasta el presente se conserva.

CONCLUSION.

Pasados algunos años, siendo Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Gímenez de Rada, y reinando en Castilla

el Sto. Rey D. Fernando, se demolió la antigua Catedral, para elevar en su lugar el monumento que hoy admiramos. La Capilla mayor fue una de las primeras partes del edificio que se construyeron, y en el pilar de la derecha, en una hornacina llena de góticas labores, se colocó una estatua de piedra que representa á el *Alfaquí Abu-Walid*, para memoria eterna de los acontecimientos que acabamos de referir. Esta figura perfectamente conservada, y cuyo exacto diseño damos en la lámina que está al frente de esta relacion, (1) corresponde á otra que está en el pilar opuesto, y que representa á el pastor que guió á D. Alfonso VIII, por las quebraduras de los montes de Sierra Morena, cuando la célebre batalla de las Navas de Tolosa, de cuyos acontecimientos dimos cumplida noticia al lector en el tomo del *Semanario* correspondiente, al año 1839, en el núm. 52.

N. MAGAN.

POESIA.

LA CERRAZON,

A MI CASARIO.

Romance heroico.

Lluvioso el cielo, y tronador y fiero
Con densa cerrazon melancoliza,
Y entre el horror de su feroz amago,
Mi alegre, tierna y cándida avecilla,
Cual si gozara la galana pompa
De primavera espléndida y florida,
Con mil y mil dulcísimos górgéas,
Desembucha entrañable melodía.

Bien hayas tú, mi pájaro donoso;
Bien hayas tú, con tanta maravilla
Como mi oído y mi ánimo regala
Y el pavoroso sinsabor disipa.

Mas ¡ay! que en ronco son retumba el trueno
Y el relámpago al par sus fuegos vivra,
Y atónito mi músico enmudece!..
De repente el fenómeno varia,
Y con ímpetu rápido encontrados
Los veílones sin fio se arremolinan,
Y, cual tela blanquísima, la nieve
Cuaja el profundo valle y la alta cima.

Su aspecto esplendoroso y halagüeño
El cantor primoroso vivifica,
Y enagenado con afán modula
Sablimes raptos de íntima alegría...

¿Y ese menguado y fragil cuerpecillo
Atesora cadencias tan divinas?..
Todo en el universo es hondo arcano,
Y todo todo, excelsa maravilla.

¿Y algun irracional, llamado sábio,

1) Véase la exacta copia en el núm. 2.º

Que es cuanto existe allá prorumpiria
 Aburto del acaso?... ¡Oh desvario!
 El es el monstruo que en profunda sima
 Yacer merece en hermandad perpétua
 Con las viles é inmundas sabandijas,
 O dando al cieno de la ciega suerte
 Digno agasajo y estruendosa vida,
 Enjaulado llevarlo por do quiera
 Para recreo de rapaz cuadrilla.

EL PAJARERO.

NOVELAS.

EMILIA BROWN.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

VII.

LOS CAMPESINOS.

Casi todos los trabajadores de Casa-Blanca, como conocerá el lector, eran de los pueblos inmediatos, donde tenían sus casas y sus familias. Así es que ansaban llegase el domingo para ir á verlas, como lo verificaban cada semana, quedando en la hacienda únicamente aquellos á quienes sus ocupaciones no les permitian alejarse de allí, y los que sin familia alguna y sin lazos que les llamasen á otra parte, podia decirse que habian tomado vecindario en la quitata, abandonándola de *hijos á brevas*, frase sacada del diccionario de las aldeas.

Luego que estos hombres aislados, que serian unos ochos ó diez, se veian solos, iban á reunirse en una gran esplanada que servia de era donde se trillaba el grano, y allí jugaban á los naipes y ejercitaban sus fuerzas luchando cuerpo á cuerpo ó tirando la barra, yendo al fin á premiar sus triunfos el rico vino de la hacienda, que sañoreaban con inesplicable deleite.

Si mis lectores fueran aficionados al juego de las cartas, les llevaria á presenciar una partida de tute en que se hallaban empeñados un domingo dos de los campesinos; pero como este juego tiene muy pocos lances, y supongo que no recibirian gran placer en ver unos naipes mugrientos, entre las negras y callosas manos de aquellos trabajadores, voy á conducirles al medio de la era, donde ocho de los mas fornidos se disponian á tirar la barra,

Uno de hercúleas formas, de alta estatura y colosales brazos, dió principio á esa especie de lucha donde se emplean á la vez la fuerza y la habilidad, porque no consiste solo en despedir la palanqueta, sino en saber darla direccion, de modo que camine hácia el frente clavándose en la tierra, ó cuando menos cayendo de punta, y no yendo á parar á alguno de los lados. El hombre gigante tomó la barra, y antes de lanzarla se puso á jugar con ella, pasándola de una á otra ma-

no como si fuese una vara de mimbre, y tirándola por alto para recogerla en el aire. Despues se colocó en el terreno marcado, y despidiéndola con fuerte empuje gritó á poco:

«Tiro! !»

En efecto habia ido á clavarse á larga distancia, con admiracion de los demas que tenian que entrar en lucha.

Vanamente se empeñaron todos ellos en igualarle, ya que no pudieran escederle; ninguno llegó adonde estaba fija la estaca que marcaba el tiro del vencedor, quien hallábase sentado viendo como se afanaban en valde aquellos hombres, á los cuales provocaba con irónica sonrisa y sarcásticas expresiones.

Un jóven como de veinte años, y de gallarda presencia, habia permanecido espectador impassible, sin tomar parte en la lucha; convencido tal vez de su impotencia, ó acaso por no tener aun confianza para mezclarse en sus juegos y diversiones, pues el día antes habia llegado á pedir trabajo, habiendo sido desechado por el operador en vista de su delicada constitucion, la belleza de su rostro y la fuerza de sus manos, que indicaban no ser de oscuro nacimiento á pesar de su humilde traje, y el viejo sombrero que cubria su cabeza, entrándosele hasta los ojos. Sin embargo, tanto rogó el pobre jóven, y tan patética relacion hizo de sus infortunios y los de su familia, que fué destinado en la hacienda por la tia Josefa con encargo esclusivo de surtirla de eaza, única ocupacion de que le creyó capaz.

Con aquel jóven se encaró el hombre de hercúleas formas, diciéndole en tono irónico:

«¿Y tú qué haces ahí, paguato? coje la barra y vé á disputarme el triunfo.»

El recién llegado se dirigió en silencio adonde se hallaba la palanqueta, sin hacer caso del otro, que le dijo en el mismo tono:

«¡Pobre rapaz! vaya á que no la alza del suelo!...»

Mas cuando vió que ya la tenia en su mano, gritó con todas sus fuerzas:

«Ten cuidado, muchacho, porque puedes romperte la cintura.»

A todo callaba el jóven, y sin mirar siquiera á su provocador, se puso en la raya señalada, preparándose á entrar en la liza. Antes de todo, midió con la vista la distancia que mediaba desde él á la estaca, y luego al parecer sin esfuerzo alguno arrojó la barra, que fué á dar en ella, haciéndola mil pedazos.

Los campesinos le miraron estupefactos, batiendo al fin palmas y prorumpiendo en estrepitosa gritería, que hizo abandonar el juego á los otros dos.

El hombre de las baladronadas, lleno de cólera y mordiéndose los labios de despecho, alzó la palanca, y se acercó al jóven diciéndole:

«Aun no está decidida la lucha; veremos quien sale vencedor.»

—Que apueste, gritó uno.

—Si, sí, que apueste, gritaron los demas en coro.

—Por supuesto, repuso el gigante: una cuarta de vino va á costarle la broma.

—No tiene un ochavo, observó uno despues de mirarle de pies á cabeza.

—Yo pongo por él, respondió otro con acento ajitanado.

—Y yo! y yo! y yo! dijeron varios á un mismo tiempo.

El jóven sacó del pico de su ceñidor un peso duro, y lo arrojó al suelo. Entonces ya no hubo dificultad, y se prepararon los contrincantes á disputar el triunfo, habiendo sucedido á la primitiva algazara el mayor silencio.

La vanidad, el despecho y el amor propio herido, prestaron nuevas fuerzas al hombre de seis pies, haciéndole arrojar la barra á una distancia á que jamás había llegado segun dijeron sus camaradas. No quedó fija en el suelo, pero sin embargo declaróse que era buen tiro, porque esto se debía á la poca consistencia del terreno, y no á la falta de habilidad del atleta. En consecuencia se puso la estaca para que sirviese de guía al jóven.

Este sin pretensiones, sin orgullo y con la serenidad que le daba la confianza, volvió á arrojar la pesada barra, que ligera como una pluma pasó por cima de la meta, clavándose tres palmos mas allá. En consecuencia fue aclamado vencedor, habiendo sido aplaudido nuevamente, tanto por su extraordinaria fuerza, como por la generosidad con que perdonó al vencido la apuesta, haciendo que tragesen el vino con su propio dinero.

Sentáronse entonces en corro, poniéndose á beber y hablar los unos de la lucha anterior, los otros de las cosas del campo, estos de la bondad del vino, aquellos de sus desgracias é infortunios, y un gitano que entre ellos se hallaba, de los excelentes caballos que había tenido en tiempos mas felices. Entretanto el hombre gigante se había reconciliado con su adversario, estrechando su delicada mano con la suya, sumamente grande y tan negra, que hubiera podido creerse á primera vista que estaba cubierta con una manopla de hierro.

El jóven, que durante un rato guardó profundo silencio, lo rompió al fin, preguntando al que tenia á su lado, primeramente cuánto ganaba; luego cuál era su ocupación; despues qué tiempo hacia que trabajaba en Casa-Blanca; en seguida si los dueños de ella eran generosos; y por último, si vivian siempre en la hacienda, ó solo iban á ella por temporadas.

El campesino fue contestando á todas las preguntas, mas no satisfecho sin duda de las respuestas que dió á su interlocutor, dirigióse á sus compañeros, diciéndoles en alta voz:

«Camaradas, este mozo quiere saber si los Señores son generosos; satisfagan Vds. sus deseos.

—Que responda el tío Gayapos, á quien han dado un vestido nuevo, dijo uno.

—O Muletilla, que en diversas ocasiones ha recibido hasta una onza, añadió otro.

—Que hable Juan Pedro, exclamaron dos á un tiempo. Si no hubiera sido por la Señorita que le socorrió, vendándole con su pañuelo, hubiera muerto desangrado cuando se cayó del caballo.

—Yo hablaré por todos, saltó un viejo con balbuciente voz. Ya sabéis que mi hija viene á verme todas las semanas, recogiendo la ropa para llevarla á Palos y trémela lavada. Habrá quince dias que por un des-

ruído del patron volcó la lancha, cayendo al agua la pobre éhica. El susto, el haberse mojado, y el sentimiento de haber perdido mi ropa, la hicieron ponerse mala, viéndome en la precision de colgarla en el pajjar en un gergon que me dió la tia Josefa, con dos sábanas y una almohada...

—Lo creo, interrumpió Gayapos, porque es muy caritativa la tia Josefa.

El viejo prosiguió:

«A pesar de que mi hija continuamente me aseguraba que se hallaba mejor, conocí que iba agravándose su mal, tal vez por falta de medicamentos. Entonces acudí á la Señorita; y ¿qué creais que hizo?

—¿Te dió dinero? preguntó uno.

—Sí, y ¿qué mas?

—¿Te compró las medicinas? demandó otro.

—Tambien, pero ¿pensais que se limitó á esto? si es asi os engañais. Trajo un médico de Moguer, y no satisfecha todavia, se dedicó á asistir á mi hija, dándole los medicamentos, y pasando horas enteras á la cabecera de su cama, hasta que se puso buena.»

Durante esta narración, mas de una lágrima habia surcado las oscuras y tostadas mejillas de aquellos pobres hombres, que si tenían quemado el rostro y encañecidas las manos, abrigaban un corazon no seco por el viento del egoismo.

Cuando el viejo dejó de hablar, uno de los trabajadores á quien se le habia subido el vino á la cabeza, dijo en tono burlesco:

«La Señorita es un ángel, pero la gustan los buenos mozos, como á cada hija de vecino.

—Mientes! gritó con voz de trueno el gigante; mientes, y si dices una palabra mas, te saco la lengua y se la arrojo á los perros.

—No miento, respondió tranquilo el otro.

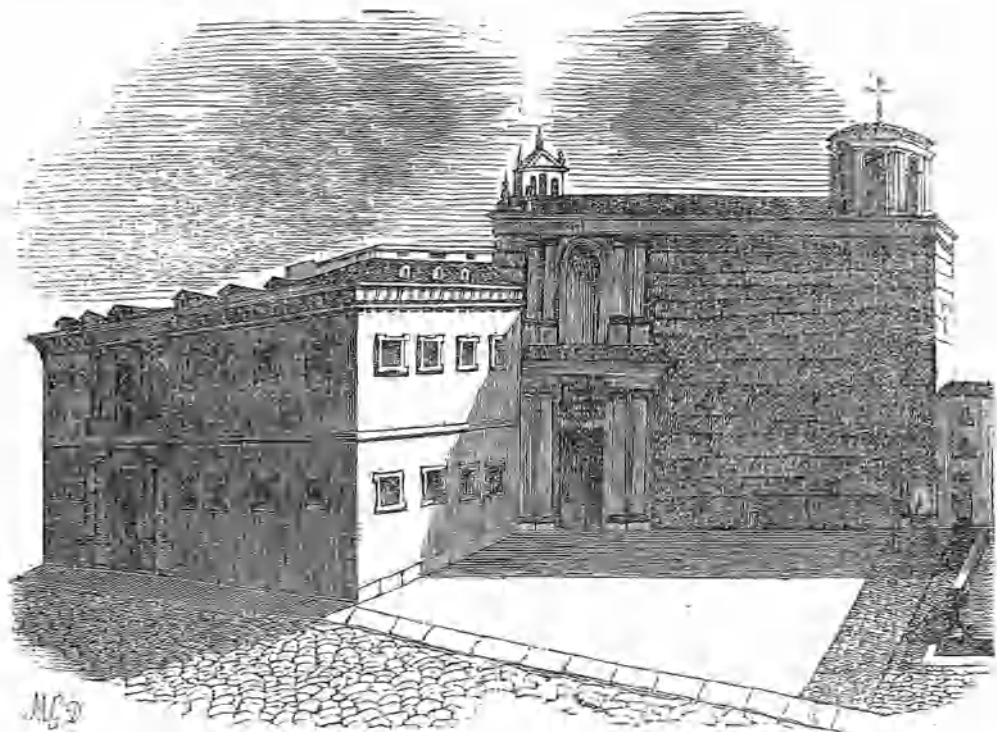
Y contó que yendo tres dias antes á la Fuente de los Cazadores, encontró á Emilia hablando familiarmente con un Señorito; que entonces quiso retirarse, mas habiendo hecho ruido al pisar las hojas, el galgo del cazador se arrojó á él, por lo que tuvo que encaramarse en un pino: que al cabo de un rato se bajó, y al retirarse á la hacienda vió del brazo á los dos Señoritos, quienes llegaron asi hasta la puerta, donde se separaron; permaneciendo el cazador en ella hasta que perdió de vista á Emilia.

Ninguno de sus compañeros dió asenso á esta narración, y á no ser por el jóven, que logró apaciguarlos, haciéndoles creer que estaba borracho, no lo hubiera pasado muy bien el atrevido charlatán, á quien pusieron como hoja de perejil, llamándole deslenguado, insolente, calumniador y desagradecido al pan que comia.

J. MANUEL TENORIO.



ESPAÑA PINTORESCA.



Hospicio de Vitoria.

Animados de un noble orgullo, reconocemos los monumentos que salvándose afortunadamente de las guerras y vicisitudes políticas, no menos que del trascurso de los tiempos, permanecen para gloria de los artistas que en su construcción se ocuparon, de los personajes que los erigieron, y de la nación que á unos y á otros vió nacer. Y en tanto son aquellos mas apreciables, en cuanto su número es cada día menor: puesto que son muchos los que han perecido, y con ellos la belleza de las artes.

Uno de los bellos edificios que encierra la ciudad de Vitoria, es el *Hospicio*, situado al extremo de la calle Nueva, sitio en el que no luce como debiera. Háblale construido á sus espensas, y con destino á colegio-seminario, el Ilmo. Sr. D. Martin de Sandoval, siendo la voluntad de este Prelado, que se mantuviesen dos catedráticos y cuatro colegiales, quedándole al colegio el título de S. Prudencio. Nada de esto llegó á tener efecto: si bien el edificio se terminó en virtud de contrata hecha en 29,000 ducados, por Sebastian Amerti ó Alberdi.

En el año de 1777, se destinó á Hospicio este local, bajo la protección de una junta compuesta del ayuntamiento, de los párrocos y de otras personas respetables; llevándose á él los niños y los pobres adultos de ambos sexos que mendigaban por las calles de la ciudad. Y aunque á la sazón no contaba esta casa de beneficencia con mas intereses que los productos de las limosnas de los habitantes de la ciudad, se cubrie-

ron sin embargo los gastos ocasionados por el nuevo establecimiento, y se montó bajo buenas bases.

Es digno de elogio este edificio por lo sério de su ornato, por la elegancia y sencillez de su arquitectura, y por la suntuosidad del todo. Consiste la portada en un cuerpo de cuatro columnas dóricas, y un segundo cuerpo de igual número de columnas de orden jónico. En todo semejante á esta es la portada de la Iglesia. Diferéncianse las columnas del resto de la fábrica, en que están hechas de piedra caliza de Anda, de color negro, lo que las dá, como dice el erudito Ponz, « un efecto grandioso. » La belleza de este edificio y el buen gusto que le distingue, le hacen digna del aprecio de los apasionados al nobilísimo arte de la arquitectura.

Merece asimismo citarse la cúpula de figura octógona, decorada con columnas dóricas pareadas, y que termina con un cascarón; teniendo en los intercolumnios ventanuas de medio punto, y en el cornisamento adorno de triglifos.

En la Iglesia hay una memoria sepulcral, al lado del Evangelio, con epitafio latino, y una buena estatua del fundador; el cual falleció el día 12 de Diciembre de 1604. Dirigió la construcción de la casa é Iglesia Francisco Jordanes, religioso francisco del convento de Castro-Urdiales, que tenía fama de excelente arquitecto: fama á la verdad justa y bien merecida. Hemos descrito brevemente un edificio apenas conocido, y que revela el buen gusto que todavía dominaba en el siglo XVII.